

“Cada dólar tiene su propio problema”

La dolarización endeble en la era
de la multi-moneda en Zimbabwe (2009-2019)

Chris Vasantkumar

■ Doi: 10.54871/ca24ds1n

Introducción. Dólares disonantes

En 2018, cuando realicé por primera vez trabajo de campo en Zimbabwe, era relativamente común encontrar letreros colocados por comerciantes informales junto a sus mercancías en la acera, indicando varios precios diferentes para los mismos artículos, un fenómeno que los zimbabuenses llamaban generalmente “precios escalonados”. Por ejemplo, un vendedor de zapatos en Harare indicaba precios de la siguiente manera:

Efectivo - \$12
Monedas - \$13
Swipe - \$16
Kwenga - \$16
EcoCash - \$15¹

¹ De acá en más, “efectivo” se refiere claramente a billetes de bonos (ya que nadie gastaría efectivo real en dólares estadounidenses en prendas de vestir baratas), “monedas” son monedas de bonos, “*swipe*” se refiere a pagos con tarjeta realizados a través de la red bancaria Zimswitch, y “EcoCash” [sic] es el producto de dinero móvil de la

Vale la pena señalar algunas cuestiones aquí. En primer lugar, los precios se basaban en la forma de dinero con la que se pagaba, con la moneda física (efectivo y monedas) con una primacía sobre los medios electrónicos de pago (o en la jerga local, “plástico”: Swipe, Kwenga y EcoCash). Además, en ambos lados del registro (físico y electrónico), diferentes tipos de moneda tenían valores diferentes. En el lado físico, los billetes tenían más valor que las monedas, mientras que, en el lado electrónico del registro, el pago con tarjeta (Swipe y Kwenga) vinculado al sector bancario tenía menos valor que el dinero móvil (EcoCash). Como se discutirá más adelante, estas variaciones de precios reflejaban el entrecruzamiento de diversas dimensiones localmente relevantes para las valuaciones. Sin embargo, cabe señalar que todas estas opciones de pago, al menos teóricamente, estaban valoradas y referidas a una sola moneda, el dólar estadounidense. Por lo tanto, la fijación de precios escalonada no era un caso de divergencias valuativas entre múltiples monedas, sino una manifestación de la emergencia de umbrales de valor relevantes dentro de un solo campo monetario.

De este modo, a finales de la década de 2010 en las calles de Zimbabue destacaba una forma potencialmente única de “dolarización endeble”² que contrastaba notablemente con las expectativas monetarias en el hemisferio norte, donde, según el bloguero financiero JP Koenig, muchos “dan por sentado el hecho de que, aunque circulan múltiples tipos de dólares en [sus] respectivas naciones, un dólar siempre es igual a un dólar” (30 de mayo de 2017). En Zimbabue, durante la era de la multi-moneda (2009-2019), en cambio, ya no era el caso de que un dólar era igual a un dólar que era igual a otro dólar (cf. Zelizer 2017, p. 1). En cambio, como lo expresó un informante, “cada dólar [tenía] su propio problema”. Diferentes tipos de dólares no eran simplemente iguales entre sí, sino que existían

empresa de telecomunicaciones privada EcoNet. Kwenga es un sistema de pago de bajo costo en el creado por Steward Bank, propiedad de EcoNet, como alternativa de pago no especialmente popular al swipe.

² Expresión de Jeremy Jones (comunicación personal).

como formas disonantes y a veces singularizadas e inconmensurables cuyos valores relativos debían establecerse y actualizarse a través de complejos procesos de articulación. En Zimbabue, durante este periodo, los movimientos a través de las fronteras entre diferentes “marcas”, tipos o instancias de dólares no eran simplemente las *transferencias* que se podrían encontrar en el hemisferio norte. En cambio, dichos movimientos a menudo tomaban la forma de *conversiones* a través de umbrales de valor localmente significativos, sitios no para reforzar la unidad del dinero estatal, sino para arbitrar la valoración diferencial de sus formas dispares.³ Este arbitraje, a su vez, se basaba en la no fungibilidad de las diferentes formas que tomaban los dólares.

La aparición de los dólares discrepantes en la era multimonetaria en Zimbabue estaba íntimamente vinculada a la disolución de la moneda emitida por el Estado en el contexto de la crisis económica en curso. Mientras que la hiperinflación de 2007-2009 es bien conocida, sus consecuencias lo son menos. En 2009, el dólar zimbabuense fue apartado⁴ a favor de una canasta de siete monedas extranjeras, con el objetivo de estabilizar la economía de la nación surafricana. Aunque la dolarización *de facto* que resultó fue en gran medida exitosa en este sentido, el abandono de una moneda nacional junto con una creciente dependencia de importaciones pagadas en dólares llevó a una escasez de efectivo cada vez más severa. En respuesta a esta crisis del efectivo, surgió un paisaje complejo de formas materiales, electrónicas y móviles de dinero en el cual diferentes tipos de dólares ya no se consideraban fungibles.

³ Los términos *conversión* [*conversion*] y *transferencia* [*conveyance*] proceden del trabajo clásico de Bohannan (1959) sobre las esferas de intercambio entre el pueblo tiv de Nigeria. En resumen, las conversiones son transacciones cargadas simbólicamente entre ámbitos económicos organizados jerárquicamente y, según Guyer (2004), localizados espacialmente, mientras que las transferencias no están situadas ni portan carga simbólica y se producen dentro de ámbitos de intercambio concretos, no entre ellos.

⁴ Técnicamente, el dólar zimbabuense circuló hasta su desmonetización en 2015, pero después de 2009 su importancia en la vida económica fue mínima.

Cuando esta llamada “era multimonetaria” llegó a su fin con el retorno inesperado del dólar zimbabuense en junio de 2019 (Vasantkumar 2022), las funciones del dinero se habían desarticulado integralmente y distribuido en una variedad de formas de moneda material, móvil y electrónica, algunas con mayor vigencia que otras. ¿Cómo conciliamos esta disolución del dinero estatal con la sabiduría convencional que presenta al dinero en sí como uniforme, abstracto y sin lugar?

Los analistas suelen presentar el contraste entre sistemas monetarios uniformes (“modernos”) y disyuntivos (“arcaicos”) como cuestiones de una transición histórica casi mítica y/o de diferencia cultural. Estas explicaciones han resultado en una oposición entre pasado y presente (dinero moderno y arcaico) o entre “nosotros” y “ellos” (dinero occidental v. no occidental). A continuación, sugiero un modelo alternativo para entender estas oposiciones que enmarca las cosas en términos de dos tipos diferentes de orientaciones económicas que, basándome en la reinterpretación espacial de Bohannan realizada por Jane Guyer (2004), denomino *conversiva* y *transferente*. Este dualismo tiene raíces históricas en las transformaciones estandarizadoras de los mundos económicos locales en Europa y América en el siglo XVIII, pero también tiene mucho que ver con las diferencias en la organización monetaria bajo el colonialismo entre la colonia y la metrópoli.

De hecho, el dinero estatal tal como lo conocemos en el hemisferio norte es, comparativamente hablando, bastante reciente y algo inusual, incluso aunque ahora sea globalmente (si bien de manera desigual) hegemónico. La moneda general configurada nacionalmente (Helleiner, 2003) a la que se relaciona, surgió sólo en el contexto de procesos más amplios de consolidación del poder estatal centralizado y reconfiguración de los mundos económicos locales, de los cuales el relato mitificado de la revolución monetaria de Bohannan (1959) en la tierra de los Tiv es quizás un eco inconsciente. Estas reconfiguraciones reemplazaron prácticas de arbitraje basadas en la conversión a través de umbrales localmente significativos

de dinero, medidas y números con “espacios financieros nacionales” sin fricciones (Leyshon y Thrift 2005, p. 26) dentro de los cuales el intercambio tomaba la forma de transferencias en mercados formadores de precios abstractos y no localizados.

A lo largo de tales transformaciones, que datan aproximadamente de finales del siglo XVIII en gran parte de Europa occidental, los modos localmente específicos, cercanos a la experiencia y esencialmente cualitativos y subjetivos de relacionarse con el mundo, lo que el historiador de la medición Witold Kula llama “enfoques representativos o ‘cualitativos-sintéticos’”, fueron reemplazados por antiguos enfoques “universales” (y, según Kula) “abstracto-cuantitativos” (Curtis, 1998, p. 547) que intentaron eliminar la particularidad humana de sus ecuaciones apelando a la objetividad natural y/o científica como base para su novedad sin tiempo ni lugar. Aunque aún existe el debate entre los académicos sobre el grado en que la institucionalización del “mercado abstracto” tuvo lugar incluso dentro de la metrópoli, podemos decir que fue lo suficientemente exitosa como para redefinir la vida económica y monetaria en el modo de que lo que podríamos llamar como el “estado-de-transferencia” se volvió la unidad político económica normativa del mundo contemporáneo. Tales reconfiguraciones llegaron de manera muy desigual a la periferia colonial. Este hecho tiene consecuencias significativas para nuestra comprensión del Zimbabue contemporáneo.

Transiciones monetarias y ambigüedades en la historia nacional

Las indagaciones históricas de la estandarización monetaria en Europa y América describen de manera deficiente lo que sucedía en las colonias (y más tarde en los márgenes del mundo conocido contemporáneamente). Donde el surgimiento de lo que podríamos llamar “estados de transferencia” ha sido clave para el funcionamiento

de las economías desarrolladas basadas en un imaginario de mercados abstractos y una moneda uniforme, la práctica económica *conversiva* nunca ha desaparecido realmente. De hecho, esta última ha estado a la vanguardia en los márgenes en general, y en Zimbabwe en particular durante gran parte de los últimos doscientos años. El historiador Tinashe Nyamunda señala la persistencia de la disyunción en la historia monetaria de Zimbabwe: “el país ha pasado”, escribe, “al menos la mitad de su existencia fiscal utilizando monedas extranjeras, pseudomonedas, enfrentando escasez de efectivo y tiene un legado de dinero basado externamente y monedas locales atadas a monedas clave” (19 de mayo de 2020). La historia del ascenso desigual y la caída impactante de la moneda estatal en lo que ahora es Zimbabwe difiere en aspectos importantes tanto de las narrativas míticas de Bohannan y Simmel, entre otros, como de los relatos históricos de los historiadores de la estandarización y formalización.

Donde Bohannan describió el impacto de la introducción del dinero occidental de propósito general por parte de las autoridades coloniales como una especie de revolución monetaria, investigaciones recientes, en particular basándose en el trabajo de Walter Ofonagoro (1979, p. 640) han descrito este proceso en términos más graduales, antes bien una transición que una revolución (Pallaver, 2015). Pallaver (2015, p. 497) indica, además, que el producto de este proceso no fue precisamente el establecimiento rápido y eficaz de “un espacio colonial [monetario] uniforme, delimitado por las fronteras coloniales y la circulación de una sola moneda de curso legal” (2015, p. 471), ya que tales esfuerzos a menudo estaban acotados por “el alcance limitado del estado colonial... así como la incompletitud de la moneda colonial” (Pallaver, 2015, p. 487). Además, “el dinero colonial generó vacíos que fueron fácilmente llenados por monedas preexistentes, creando un sistema monetario mixto en el que se usaban y, eventualmente, entraron en relación recíproca monedas forjadas y otros objetos utilizados para el intercambio” (Pallaver, 2015, p. 487). Como resultado, los académicos

revisionistas describen cada vez más “la monetización colonial como un encuentro de diferentes regímenes de valor que dio lugar a procesos mucho más matizados y complejos que la sustitución de monedas precoloniales por monedas metálicas y billetes” (Pallaver, 2015, p. 473).

Diferentes investigadores han destacado las similitudes entre procesos de monetización en múltiples contextos coloniales que se centran en lo que Ofonagoro (1979) llamó la “extraversión” de las economías coloniales: la progresiva integración simultánea de los mundos económicos locales en el sistema global/colonial más amplio, al mismo tiempo que reorientaba la vida económica dentro de la colonia hacia las preocupaciones de la metrópoli.⁵ En tales procesos de extraversión,

el sistema monetario emergente era una herramienta colonial para desplazar las tradiciones de intercambio autóctono, sometiendo así a las sociedades africanas a los intereses del capitalismo imperial en beneficio de la comunidad de colonos a nivel colonial, y del capital inglés y el sistema económico británico a nivel imperial” (Nyamunda 2017a, pp. 81-82).

Su efectividad estuvo dada comúnmente a través de la imposición de impuestos a las chozas (*hut*) a pagar en moneda estatal, diseñados para expulsar a las poblaciones indígenas de la tierra y empujarlas al trabajo asalariado.⁶

Hay relativamente pocos detalles sobre el mundo económico precolonial del territorio que eventualmente se convertiría en Zimbabue. Mazarire (2009) destaca la importancia regional del ganado como una especie de cuasi-moneda en la producción de relaciones

⁵ Nótese que Ofonagoro utiliza el término “extraversión” de modo más bien diferente de la formulación más corriente de Bayart (Bayart y Ellis, 2000).

⁶ En Rodesia del Sur (Rodesia a secas después de 1963), esta monetización del intercambio indígena se complementó con una política explícitamente supremacista blanca de asignación de tierras.

sociales,⁷ y Wright señala “la presencia de monedas cercanas de origen extranjero” como tela y cuentas en la vida económica del imperio Rozvi que precedió a la colonización europea (1979, p. 217). Wright sitúa en 1875 el umbral entre los períodos “precapitalista y capitalista en la meseta de Zambesia del sur” (1979, p. 212), ya que, en ese momento, dinámicas regionales más amplias “crearon líneas de fuerza que reorientaron decididamente el comercio de la meseta hacia el sur y lo apartaron de la vinculación mercantil hacia el este con el Océano Índico” (1979, p. 212). Aunque el impacto de tales cambios fue inicialmente indirecto, en 1890 la compañía británica de propiedad privada British South Africa Company de Cecil Rhodes ingresó a Mashonalandia –en el territorio que ahora es Zimbabue– en busca de riqueza mineral. “Aunque este grupo británico era débil en ese momento”, escribe Suzanne Dawson, “el Departamento de Asuntos Nativos se organizó en 1894 y comenzó a recaudar impuestos en 1895”, iniciando el proceso de extraversión de los mundos económicos locales (2011, p. 149). Para 1898, “la supremacía militar de los gobernantes coloniales había sido probada, y se había allanado el camino para la colonización económica sistémica” (Wright, 1979, p. 225).

Mientras que, en Europa, los procesos anteriores de extraversión encarnados en la promoción del mercado abstracto sobre la práctica económica local resultaron en un espacio económico uniforme de transferencias, la extraversión de las economías coloniales funcionó mediante una yuxtaposición de transferencia *y* conversión. Buscaba simultáneamente producir uniformidad dentro de la colonia por un lado y discontinuidad entre los espacios coloniales y la metrópoli por el otro. Aunque los gobernantes coloniales buscaron monetizar y proletarizar a las poblaciones nativas por lo menos en parte mediante la introducción de moneda estándar modelada

⁷ Dada esta importancia, el saqueo de más de 100.000 cabezas de ganado por los primeros colonos blancos y la epidemia de peste bovina de la década de 1890 supusieron enormes trastornos para las prácticas socioeconómicas tradicionales.

según la suya, lo hicieron de manera que protegiese a la economía de la madre patria de cualquier tipo de contagio económico que pudiera estar gestándose en sus posesiones (Helleiner 2002, p. 10). Como resultado, en sus colonias, Gran Bretaña optó por monedas estándar vinculadas pero separables de la suya. Dichas monedas eran gestionadas regionalmente por juntas de moneda (desde 1938 en Rhodesia del Sur) en términos muy favorables para la metrópoli.

Incluso si era el caso de que “estas juntas de moneda aseguraban que ‘cada moneda colonial es realmente esterlina en un lugar diferente al Reino Unido’”, las monedas coloniales en la periferia existían en una relación subordinada a la libra (Helleiner 2002, p. 11). Se podría considerar esto como una especie de extraversión del dinero en sí mismo, ya que los intereses locales estaban necesariamente subordinados a los del centro colonial. Nyamunda escribe que “al igual que otras colonias británicas, Rhodesia del Sur se vinculó en general ‘a través de la exportación sistemática de productos primarios a la economía internacional más amplia’, pero especialmente para servir a la economía colonial temprana de colonos y su comercio con Gran Bretaña” (2017a, p. 81). Según Mwangi, en Kenia (donde la importancia de la Rupia India y las poblaciones migrantes indias crearon dinámicas muy diferentes en comparación con Rhodesia, aunque aún existían similitudes entre las dos colonias), “el estado colonial nunca pudo lograr plena soberanía porque estaba, por definición, subordinado al estado metropolitano y, por lo tanto, se vio obligado a navegar por un pasaje tenso hacia asumir funciones *casi* soberanas” (2001, p. 766). La introducción de una moneda estatal uniforme tuvo lugar de manera desigual en una jerarquía global de unidades políticas más y menos soberanas. Los estados de transferencia en la metrópoli se construyeron sobre un sustrato de conversiones intrainperiales. De hecho, los espacios de transferencia basados en la uniformidad del dinero seguían siendo raros en comparación con la ubicuidad de los paisajes económicos conversivos fundamentados en la variación monetaria.

En los primeros años de la colonización, bajo el dominio de la compañía, lo que entonces era Rhodesia del Sur dependía de la moneda del sur. Una ordenanza de la BSAC de 1891 estableció una unidad de cuenta esterlina “en términos de los cuales la moneda estándar en la Colonia del Cabo de Buena Esperanza⁸ se convierta en la moneda estándar a utilizarse dentro... Mashonaland” (Nyamunda, 18 de mayo de 2020). El gobierno de la compañía terminó en 1922 y Rhodesia del Sur se convirtió en una colonia autónoma de la Corona británica al año siguiente. No obstante, tuvo problemas con la escasez de efectivo durante muchos años que se resolvieron parcialmente con la emisión y circulación de diversos cupones locales. Nyamunda señala que Rhodesia del Sur “operó sin su propia moneda o incluso una junta para gestionar asuntos hasta la década de 1930”. Recién en 1938 se estableció la Junta de Moneda de Rhodesia del Sur “para emitir billetes impresos en Londres y monedas acuñadas en Sudáfrica en nombre del Banco de Inglaterra por una comisión del uno por ciento” (Nyamunda, 2015, p. 27). Incluso en esta etapa, la moneda de la colonia “era solo rhodesiana en nombre, pero esterlina en práctica. Aunque se emitía para apaciguar a la comunidad política de colonos locales, estaba completamente controlada por Gran Bretaña” (Nyamunda, 16 de junio de 2020).

Esta posición subordinada frente a sus amos coloniales continuó durante la participación de Rhodesia del Sur en la efímera Federación de África Central (que unió a los futuros países de Zimbabue, Zambia y Malawi de 1953 a 1963), aunque la CAF estableció un banco central propio en marzo de 1956. Con el fin de la CAF en 1963, en la antesala de su declaración unilateral de independencia (UDI) en noviembre de 1965, el gobierno de la minoría blanca de Rhodesia buscó cortar los lazos financieros que lo unían a la autoridad colonial británica. Nyamunda describe la aparición de un sistema financiero rhodesiano relativamente soberano y *transferente* (y una moneda moderna de propósito general emitida por

⁸ Esta moneda era a su vez muy variada (véase Feingold et al., 2021, p. 265).

el Estado) en esta era, señalando que la “reconstitución financiera del gobierno entre 1963 y 1965 y la desvinculación económica que se diseñó fueron la estrategia principal para una rebelión colonial sostenible” (2017b, p. 748). El gobierno de Rhodesia se preparó para su polémica declaración de la independencia tallando espacios económicos separados del control británico, creando el Banco Real de Rhodesia y promulgando legislación crucial de control de cambios y sustitución de importaciones. En abril de 1964, abandonó la zona esterlina y en junio de ese año “asumió plena soberanía en asuntos de moneda, banca y control de cambios”, su nueva moneda, la Libra de Rhodesia (renombrada dólar después de la decimalización en 1970), ya no estaba sujeta a los caprichos del poder británico (Nyamunda, 2017b, p. 760). Esta nueva moneda rhodesiana “asumió un mayor grado de autonomía”, en comparación con muchas monedas poscoloniales, “especialmente porque llamaba a los bancos comerciales y de comerciantes a mantener sus reservas estatutarias con su banco central” (Nyamunda, 2017b, p. 760).

Irónicamente, el estatus de paria del régimen de minoría blanca después de su Declaración Unilateral de Independencia (UDI) en 1965 se basaba en su calidad de productor de un nivel de soberanía monetaria sin igual ni en la era colonial ni en la de la regla posterior a la minoría. Hasta la UDI, Rhodesia había ocupado una posición subordinada en una infraestructura financiera imperial. Los 15 años de gobierno cada vez más acosado de la minoría blanca que siguieron fueron respaldados por movimientos proteccionistas favorables de la independencia económica y financiera (incluso cuando las políticas racistas de tierras y monetarias continuaron enriqueciendo a la pequeña minoría blanca a expensas de la mayoría negra). Sin embargo, aunque Robert Mugabe había defendido políticas socialistas durante la lucha de liberación, cuando llegó al poder en 1980, la estructura económica colonial permaneció en gran medida intacta y, aunque el dólar de Rhodesia fue rebautizado como dólar de Zimbabue, muy poco cambió en cuanto a redistribución de tierras u organización económica.

Además, según Nyamunda y Sibanda, la adopción de métodos de gestión económica neoliberal “fue el precio del reencuentro internacional” para el nuevo régimen (2020, p. 5). La Rodesia gobernada por blancos se mantuvo al margen de las estructuras económicas globales más amplias debido a las sanciones impuestas por la comunidad internacional, y como resultado de esta exclusión, se vio obligada a la autosuficiencia económica para sobrevivir. Sin embargo, para el recién independiente Zimbabwe, la reintegración en la comunidad internacional fue un cáliz envenenado económicamente, ya que sus intereses locales fueron nuevamente arrastrados hacia el exterior en una relación subordinada con una infraestructura económica global, ahora no de colonialismo, sino de ortodoxia neoliberal. Para Nyamunda y otros críticos, la nueva estructura de cuentas nacionales (Mitchell, 2014) derivada del ascenso global de la ortodoxia económica ha sido central para la marginación y empobrecimiento continuos de Zimbabwe desde la década de 1990. Al abrirse a la reforma neoliberal, Zimbabwe quedó atrapado en una rueda de hámster al intentar “ponerse al día” con las economías desarrolladas del norte global, “modernizando” su economía sobre la base de los modelos de crecimiento y desarrollo de las economías establecidas (Kim y Kim, 2013 en Nyamunda 2021, p. 205).

Irónicamente, la consecución de la independencia política no trajo consigo la soberanía económica. De hecho, la soberanía económica y monetaria construida como un mecanismo de defensa bajo el gobierno de la minoría blanca se cedió durante el Programa de Ajuste Estructural Económico (ESAP) impuesto a la nación zimbabuense de 1990 a 1995. Como parte de esta reestructuración, las políticas proteccionistas e intervencionistas del gobierno rodesiano que persistieron en la temprana era postindependencia, incluso cuando la deuda gubernamental se disparaba, fueron derogadas y reemplazadas por medidas neoliberales. Diseñadas para “abrir” a Zimbabwe al mundo, en realidad facilitaron una transición desde la relativa estabilidad y soberanía del aislamiento hacia una nueva era de vulnerabilidad a los procesos globales. “En este contexto”,

escribe Nyamunda, “el acceso al financiamiento había pasado a depender de los procesos del norte global, sobre todo, el valor de la propia moneda local, que quedó sujeta a las conexiones del sistema de cambio internacional. Esto hizo a Zimbabwe especialmente vulnerable económicamente a los designios euroamericanos”. Al final del tan mentado programa ESAP, “la moneda local no era más que una representación de las configuraciones económicas internacionales en Zimbabwe sobre las que las autoridades financieras locales tenían poco control” (Nyamunda, 19 de agosto de 2020).

Si el ESAP empujó a Zimbabwe al borde, las cada vez más desequilibradas decisiones políticas de Mugabe dieron el empujón final. En 1997, enfrentando una creciente oposición política, insistió en agregar “pagos de gratificación no presupuestados a los combatientes de liberación” (Nyamunda, 2021, p. 207) por Z\$4 mil millones a una situación de pagos ya precaria. Las consecuencias fueron desastrosas a corto y largo plazo. El “Viernes Negro” –14 de noviembre de 1997–, cuando el dólar zimbabuense perdió el 71% de su valor frente al dólar estadounidense, se considera generalmente el comienzo de la larga crisis económica de la nación. En los siguientes años, los costos de la intervención militar del ejército zimbabuense en la guerra civil congoleña y los efectos del apoyo de Mugabe a las invasiones de granjas que perturbaron el sector agrícola comercial para mantener la popularidad del gobierno solo agravaron las cosas y llevaron finalmente a la devastadora hiperinflación de 2007-2009. En su punto máximo a fines de 2008, la inflación alcanzó una tasa estimada de 89.7 sextillones por ciento. El dólar zimbabuense (y muchas personas junto con él) quedó arruinado.

La catastrófica caída del dólar zimbabuense estuvo íntimamente vinculada a la pérdida de fe pública en el ZANU-PF de Robert Mugabe como autoproclamado originador y guardián del valor monetario en Zimbabwe (Muzondidya, 2009; Raftopoulos, 2009). De hecho, no es coincidencia que el fin formal del dólar zimbabuense ocurriera junto con el advenimiento del gobierno de unidad nacional o GNU, en el cual el ZANU-PF se vio obligado por primera

vez a compartir el poder (con el MDC liderado por Morgan Tsvangirai). Ya en estado crítico en la carrera hacia las elecciones de junio de 2008, bajo el GNU, el dólar zimbabuense, cuyo valor se había basado durante mucho tiempo en discursos “patrióticos” del ZANU-PF sobre nacionalismo y autenticidad (Jones, 2020), fue sucedido por una alternativa “cosmopolita”, una cesta de siete monedas extranjeras con curso legal dentro de las fronteras de la nación.⁹ Había comenzado la “era multimonetaria”. La cesta estaba compuesta por el USD, el Euro, la Libra, el Rand sudafricano y la Pula de Botswana, a las que en 2014 se le agregaron el dólar australiano, el yuan chino, la rupia india y el yen japonés. Sin embargo, en la práctica, para 2016, el dólar estadounidense y en menor medida el Rand habían casi desplazado al resto.

Aunque esta dolarización de facto tuvo el efecto deseado de estabilizar la economía de Zimbabue, llevando a un período de crecimiento renovado después de la devastación de la era de la hiperinflación, según Nyamunda, la crisis económica regresó con la victoria del ZANU-PF de Mugabe en las disputadas elecciones de 2013 (2021, p. 209). El elemento más serio de esta crisis renovada fue una grave escasez de liquidez. Esta última se debió a varios factores, especialmente la incapacidad del Estado para agregar más dólares a la circulación y la necesidad de pagar las importaciones de alimentos en moneda extranjera después del daño causado al sector agrícola comercial debido al apoyo de Mugabe a la toma violenta de granjas de propiedad blanca por sus aliados políticos. El resultado final de todo esto fue una economía organizada mayormente en torno al efectivo con muy poco dinero en circulación. Los billetes de dólares estadounidenses y, principalmente para gastos menores, el rand, fueron las principales formas de dinero en circulación, cuando estaban disponibles. En ausencia de monedas de dólares estadounidenses, el cambio se volvió increíblemente variado: rands, caramelos, bolígrafos, cupones de combustible, tiempo

⁹ Sobre el contraste entre monedas patrióticas y cosmopolitas, véase Helleiner (1998).

de aire, “notas de crédito” improvisadas, todo se usaba durante este período e incluso en la era de los bonos (Dzoma, 3 de septiembre de 2019).

Para 2014, la crisis de liquidez se había vuelto tan grave que,

citando desafíos para acceder a monedas para usar como cambio en transacciones cotidianas más pequeñas, el Banco de la Reserva de Zimbabue emitió monedas de bono de 1, 5, 10 y 25 centavos por el valor de 10 millones de dólares estadounidenses el 18 de diciembre de 2015 (y se acuñaron más a partir de marzo de 2015 cuando se lanzaron monedas de 50 centavos) (Nyamunda, 2021, p. 209).

Estas monedas emitidas localmente hicieron poco para aliviar la escasez de efectivo y fueron seguidas debidamente por billetes de bonos en denominaciones de \$2 y \$5 en noviembre de 2016 y febrero de 2017, respectivamente. En el momento de su emisión, los billetes y monedas de bonos se presentaron no como monedas separadas, sino como representantes locales del dólar supuestamente idénticos a este último en valor (Southall 2017). La emisión de billetes de bonos desencadenó una corrida bancaria en la que los zimbabuenses de a pie intentaron rescatar sus dólares de las manos del Estado y del sistema bancario (un tema recurrente en la actitud de los zimbabuenses hacia el dinero desde los tiempos de la hiperinflación). Como resultado, el vínculo entre los saldos bancarios de la gente y los dólares en efectivo se restringió primero y luego se cortó casi por completo en un intento de evitar que los dólares estadounidenses necesarios para comprar alimentos y otras importaciones necesarias huyeran del sistema.

Otra respuesta a la crisis de liquidez fue un movimiento general lejos del pago en efectivo hacia diversas formas de moneda electrónica, conocida como “dinero plástico” en el lenguaje local. La mayoría de los trabajadores del sector formal,¹⁰ como maestros,

¹⁰ La inmensa mayoría de los zimbabuenses trabajan en el sector informal y siguen sin estar bancarizados.

policías y soldados, comenzaron a recibir su salario electrónicamente a través del RTGS (Sistema de Liquidación Bruta en Tiempo Real).¹¹ El dinero depositado en estas cuentas RTGS (Cuentas en Moneda Extranjera RTGS o Cuentas FCA RTGS) inicialmente se consideraba fungible tanto con el efectivo en USD como con los dólares electrónicos derivados de dólares estadounidenses reales (depositados en cuentas Nostro FCA) ya sea a través de depósitos en efectivo, remesas o trabajo en el extranjero. Sin embargo, rara vez, si acaso, se trataba como fungible con el efectivo en USD en la vida cotidiana.¹² Junto con este cambio al pago RTGS, hubo un aumento en el uso de métodos de pago colectivamente llamados “*swipe*”. Este término abarca el uso de tarjetas de débito emitidas por bancos, que funcionan a través de la plataforma de pago ZimSwitch fundada por una asociación de seis instituciones financieras a mediados de la década de 1990. Si bien el RTGS y el “*swipe*” eran importantes para los titulares de cuentas bancarias, dado que la mayoría de los zimbabuenses permanecen sin ser bancarizados, hicieron poco para resolver la escasez de efectivo en la práctica cotidiana.

En este vacío entró EcoCash, el producto de dinero móvil de la empresa de telecomunicaciones privada Econet.¹³ A medida que la conversión de saldos bancarios electrónicos a moneda física se volvía cada vez más problemática, EcoCash se convirtió en un medio de salida cada vez más importante para los fondos electrónicos que quedaron atrapados en el sistema bancario. De hecho, este nuevo canal de transferencia se volvió tan importante que Econet mismo ingresó al sector bancario con su adquisición y cambio de nombre

¹¹ Originalmente nombre de una infraestructura de pago, este acrónimo más tarde pasó a denotar tanto una moneda específica con elementos de efectivo y plástico (el dólar RTGS) que se creó en febrero de 2019 como un precursor de la reintroducción del dólar de Zimbabue más tarde ese año y, confusamente, un término general para todo el dinero electrónico que no se podía demostrar que derivara de efectivo real en USD. Véase Gukurume (2015) sobre el SLBTR durante la era de la hiperinflación.

¹² Finalmente, el RTGS se convirtió oficialmente en no fungible con el USD (plástico) en Nostro FCA mediante reformas del sistema a principios de 2019.

¹³ Sobre el dinero móvil, véase Maurer (2012b) y Rea y Nelms (2017).

de TN Bank en 2012 (ahora Steward). Econet se convirtió rápidamente en quizás el medio de intercambio y de pago más importante en todo Zimbabwe. Sin embargo, su ascenso no fue del todo sin problemas debido a la imposición de impuestos relativamente altos por parte del gobierno estatal (el odiado “impuesto Mthuli”¹⁴ de 2018 de \$0,02/ transacción). Además, los cortes de energía a mediados de 2019 provocaron una interrupción de varios días del sistema EcoCash que paralizó el comercio en partes del país.

Dolarización en ruinas: el panorama monetario de la era de múltiples monedas

Enfoquémonos un poco más en algunos de los componentes clave del panorama monetario de la era de múltiples monedas en Zimbabwe. Los dólares estadounidenses en efectivo (solo billetes, ya que las monedas estadounidenses nunca circularon en Zimbabwe) fueron vistos, en el panorama monetario posterior a la hiperinflación, como la única moneda realmente estable y confiable en escena. A diferencia de otras alternativas, muchos zimbabuenses me dijeron que esos dólares eran “dinero real”. Los dólares se percibían como capaces de mantener su valor de una manera única y, como tal, se convirtieron en la principal y, en muchos casos, única forma para preservar el valor, así como la única unidad de cuenta (hasta principios de 2019). El dólar también era una de las pocas formas de dinero zimbabuense que se podía intercambiar fácilmente por importaciones de alimentos y otros bienes esenciales que el país necesitaba para funcionar diariamente.

El uso de dólares estadounidenses para cualquier cosa que no fuera como reserva de valor o para obtener bienes importados se percibía como una conversión negativamente cargada. “Me estremezo”, me dijo un informante clave, “cada vez que veo a un turista

¹⁴ Nombrado así por el Ministro de Finanzas y Desarrollo Económico, Mthuli Ncube.

pagar con dólares en las Cataratas Victoria”. De manera similar, el difunto académico legal zimbabuense expatriado (y ex asesor principal del líder de la oposición Morgan Tsvangirai), Alex Magaisa, tuiteó: “Cuando estuve recientemente en Zimbabwe y traté de usar dólares estadounidenses para comprar alimentos, rápidamente me dieron una charla mis familiares y amigos de que así no se hace negocios en Zimbabwe. El USD no se regala, así como así. Es la reserva de valor más valiosa y confiable” (13 de mayo de 2018).

En los Estados Unidos, los billetes se depositaban y retiraban rutinariamente de las cuentas bancarias (el valor monetario se transfería de formas materiales a instancias electrónicas y viceversa) y se retiraban regularmente de la circulación cuando estaban muy desgastados. En cambio, en Zimbabwe, los informantes me dijeron que guardaban sus billetes en fundas de almohadas y otros lugares similares, pero rara vez en el banco. Esto se debía tanto a la desconfianza generalizada en el gobierno zimbabuense, que en varias ocasiones durante la última década devaluó o retuvo activamente los saldos bancarios de los ciudadanos, como a la dificultad de sacar el dinero del sistema bancario una vez que se había depositado. Los billetes de baja denominación, en particular, a menudo estaban en condiciones sorprendentemente malas, pero esto poco afectaba al aprecio que se les tenía.

El efectivo en USD tenía un equivalente electrónico (llamado “plástico” en Zimbabwe) en forma de Cuentas en Moneda Extranjera Nostro (Nostro FCAs). Mientras que, en la práctica bancaria global, una cuenta Nostro se refiere a una cuenta en el extranjero en moneda extranjera mantenida por un banco nacional, en Zimbabwe este aspecto de la definición del término pasó a ser secundario a la noción de que los dólares electrónicos en las FCAs Nostro tenían un origen conocido que los vinculaba al efectivo real en USD, en contraposición a los dólares creados localmente en el sistema RTGS. Sin embargo, a pesar de que el efectivo en USD y las FCAs Nostro denominadas en USD se consideraba que tenían el mismo origen, no se valoraban igualmente. A pesar (o quizás debido a) la

rápida transición del país a las transacciones sin efectivo, los zimbabuenses comunes aún valoraban las formas materiales de moneda sobre las electrónicas.

Esta preferencia por la moneda material se derivaba de sucesivas experiencias negativas de los zimbabuenses con el sistema bancario. Después de la hiperinflación, por ejemplo, se suponía que todos los zimbabuenses recibirían un pago único de US\$5 a cambio de lo que su cuenta alguna vez hubiera tenido (en realidad, muchos ni siquiera recibieron esto). De hecho, los temores de los zimbabuenses sobre perder acceso al dinero en sus cuentas bancarias resultaron justificados cuando las cuentas Nostro se desvincularon por primera vez de las FCAs RTGS en febrero de 2019 y luego se restringió su uso sólo a transacciones en moneda extranjera tras el retorno del dólar zimbabuense. La moneda tangible (“efectivo”) se veía como más controlable y menos propensa a quedar atrapada dentro del sistema (o, por cierto, desaparecer) que su contraparte electrónica (“plástico”). Como resultado, la brecha entre lo material y lo digital se convirtió en un *locus* en sí mismo para múltiples formas de arbitraje a través de las fronteras desiguales entre diferentes tipos de dólares, donde el “efectivo malo” siempre se consideraba “mejor que el plástico bueno”, según expresó un comerciante callejero en Bulawayo.

Los sobrecargos aplicados al efectivo físico se extendieron a la moneda de bono, incluso cuando esta circulaba con un descuento sustancial y en constante devaluación en comparación con el USD en el mercado negro. Respaldado por un sustancial préstamo del banco Afrexim, se introdujeron las monedas de bono en 2014 para abordar la escasez de cambio pequeño. Pronto le siguieron billetes de bono en 2016 para sostener la producción para la exportación y abordar la creciente escasez de liquidez (Reserve Bank of Zimbabwe, 15 de mayo de 2016). El bono en sí tenía cierto uso como medio de intercambio, pero en general era aborrecido por los zimbabuenses comunes, quienes veían su llegada como un presagio no deseado del retorno del dólar zimbabuense. De hecho, mientras

que el Banco de la Reserva de Zimbabue lo diseñó como una moneda sustituta para liberar USD reales para poder importar, en la práctica, el USD abandonó la circulación y la consecuente corrida bancaria llevó eventualmente a la desvinculación paritaria entre los saldos bancarios y la moneda física.

Mientras que los principales actores del mercado (a menudo, más específicamente, el propio gobierno, según muchos zimbabuenses con los que hablé) podían acceder a efectivo en USD a través de canales más o menos lícitos, muchos zimbabuenses comunes debían conformarse con el bono. Esta situación era considerada como altamente insatisfactoria debido a las muchas deficiencias del bono: sus orígenes “turbios”, la naturaleza engorrosa del uso de la moneda de bono, la incertidumbre sobre las intenciones reales del gobierno al introducirla, los temores de que perdiera valor precipitadamente como las monedas anteriores emitidas por el Estado zimbabuense y las frustraciones sobre su incapacidad para utilizarse fuera de las fronteras territoriales de Zimbabue o para adquirir importaciones necesarias. No obstante, incluso el acceso al bono se restringió cada vez más en la previa al retorno del dólar zimbabuense.

Tanto zimbabuenses como extranjeros comentaron sobre la omnipresencia y la inutilidad simultáneas de los cajeros automáticos. Los límites diarios de retiro en los pocos cajeros automáticos que eran abastecidos de efectivo con alguna certeza disminuyeron cada vez más, mientras que las colas (Jones, 2019) se volvían cada vez más largas. Para abril de 2019, los máximos publicados para muchos bancos oscilaban entre RTGS\$20-50/día y sujeto a disponibilidad (Chaparadza, 1 de abril de 2019). Tanto zimbabuenses como extranjeros comentaron sobre la omnipresencia y la inutilidad simultáneas de los cajeros automáticos. Los límites diarios de retiro en los pocos cajeros automáticos que eran abastecidos de efectivo con alguna certeza disminuyeron cada vez más, mientras que las colas (Jones 2019) se volvían cada vez más largas. Para abril de 2019, los máximos publicados para muchos bancos oscilaban entre

RTGS\$20-50/día y sujeto a disponibilidad (Chaparadza, 1 de abril de 2019). A pesar de esto, muchos zimbabuenses hacían cola durante la noche con la esperanza de acceder a las pequeñas pero valiosas cantidades de efectivo que estaban intermitentemente disponibles. En este momento, la falta de los billetes de bono era tal, que muchos retiros de efectivo en las sucursales bancarias solo se realizaban en monedas de bono. A medida que los billetes de bono, que eran relativamente fáciles de transportar, escaseaban, estos comenzaron a circular a un precio superior a las monedas de bono relativamente que, aunque más disponibles, eran demasiado voluminosas para completar fácilmente las transacciones cotidianas. Incluso la frontera entre diferentes tipos de efectivo de bono se convirtió en un umbral para la conversión.

En cuanto a las funciones del dinero, hasta el final de su existencia, el bono era solo un medio de intercambio,¹⁵ en términos de Jane Guyer (2012), una moneda blanda clásica en contraste con la moneda fuerte del USD. A diferencia de este último, que se buscaba y se conservaba como una reserva de valor confiable, el bono era una moneda que se debía desechar rápidamente (y cuyos movimientos podían ser la base de ganancias basadas en el arbitraje) en lugar de algo para conservar. En este sentido, como lo expresó un informante, “el bono es como agua”: sin valor por sí mismo, pero útil por la liquidez que proporcionaba. La incapacidad del bono para almacenar valor (que en cierto sentido fue una profecía autocumplida desde el principio) lo diferenciaba fundamentalmente del billete verde. Además, el bono fue menospreciado precisamente porque se emitía localmente.

Muchos críticos también veían con escepticismo los saldos bancarios en RTGS (el equivalente local en plástico de las FCAs Nostro en USD, a veces irónicamente llamado “Zollars”) por razones similares. Sin embargo, hasta principios de 2019, los saldos bancarios

¹⁵ A partir de febrero de 2019, con el debut del dólar RTGS, este pasó a constituir también, aunque temporalmente, una unidad de cuenta alternativa al USD.

en RTGS no estaban vinculados explícitamente al efectivo de bono de la misma manera que el efectivo en USD estaba vinculado a las FCAs Nostro, aunque el bono y el RTGS ocupaban una posición estructural similar en las esferas de efectivo y plástico, respectivamente, como las contrapartes menospreciadas y de circulación local del verdadero USD (o registros electrónicos que registran saldos bancarios derivados de verdaderos USD). Desde febrero de 2019, sin embargo, los billetes y monedas de bono y los saldos bancarios en RTGS se trajeron oficialmente en articulación con la creación del Dólar RTGS. Este último era un ensamblaje de efectivo/plástico que el gobierno buscaba imponer tanto como medio de intercambio como unidad de cuenta, como una alternativa local al USD.¹⁶ Con estas reformas, los billetes y monedas de bono se convirtieron explícitamente en la contraparte material del RTGS en plástico. No obstante, incluso siendo valorados de manera diferente entre sí, ambos circulaban a un precio superior con respecto al RTGS. Además, las diferencias en las valuaciones entre los tres persistieron incluso después de que el Estado los rediseñara como las manifestaciones de efectivo y plástico del nuevo dólar zimbabuense desde junio de 2019 en adelante.

Si bien se podría esperar el libre movimiento del valor incorporado en dichos pagos electrónicos dentro y fuera de la esfera de moneda física, en Zimbabue, tal circulación estaba fuertemente restringida, especialmente de los dominios electrónicos a los materiales. Para 2019, los saldos bancarios y el dinero físico ya no se trataban como iguales (y tenían precios diferentes con muchos comerciantes) y aquellos zimbabuenses con cuentas bancarias a menudo eran muy reacios a arriesgarse a depositar efectivo en el sistema bancario sin ningún tipo de garantía de poder retirarlo en el futuro. El sistema bancario se veía generalmente como una amenaza para la preservación del valor en el tiempo. De hecho, las

¹⁶ En junio de 2019, cuando el dólar RTGS se transformó en el nuevo dólar Zim y, al menos oficialmente, también sustituyó al dólar como el estándar de pago diferido.

cuentas bancarias en Zimbabwe ya no eran instrumentos contables neutrales en los que las cantidades de dinero podían moverse eficientemente entre diferentes tipos de medios transaccionales. En cambio, eran terrenos de *conversión* en los que las posibles transformaciones del dinero estaban severamente restringidas y debían manejarse astutamente para no encontrarse con los propios fondos atrapados, inmóviles o ilíquidos de alguna otra manera.

El último componente clave del ecosistema monetario zimbabuense en la última etapa de la era multimonetaria era el EcoCash, el dinero móvil. Introducido por Econet Wireless en 2011, la cantidad de usuarios rápidamente superó el número de zimbabuenses que participaban en el sector bancario tradicional. A medida que Zimbabwe experimentaba un cambio repentino y en gran medida involuntario de una economía predominantemente en efectivo (Britton, 18 de noviembre de 2016) a una en la cual el 96% de todos los pagos se realizaban electrónicamente (Karombo, 2018), EcoCash se volvía cada vez más central en la vida económica. Para 2017, se estimaba que alrededor del 80% de la población adulta de Zimbabwe (aproximadamente 6.7 millones de personas) utilizaba el servicio en comparación con aproximadamente dos millones con cuentas bancarias tradicionales (Sengere, 10 de noviembre de 2017). Dada la falta de confianza en la moneda emitida por el gobierno, EcoCash ha sido consistentemente preferido sobre el producto comparable de la empresa estatal de telecomunicaciones OneNet. Dzoma (3 de septiembre de 2019) señala que, aunque EcoCash comenzó como una forma de “enviar dinero mediante teléfonos móviles”, eventualmente se convirtió en “una moneda de facto por derecho propio”. Al principio funcionaba como “una billetera móvil en la cual los usuarios podían depositar dinero en efectivo físico” y “enviarlo a otro número cuyo titular podía retirarlo en efectivo”. Una vez que ocurrió la crisis de efectivo, “se volvió imposible retirar [al par], así que la gente dejó de depositar” con dinero físico real. En cambio, EcoCash estaba vinculado a cuentas bancarias para habilitar “transacciones de billetera a banco y banco a billetera”. De hecho,

las diferencias en lo que uno podría pensar acerca de la interconvertibilidad del dinero en las cuentas de diferentes bancos en otras formas de moneda eran características destacadas para la toma de decisiones financieras de mis informantes.

Con su creciente papel como una vía de escape para saldos bancarios de lo contrario ilíquidos y su conveniencia para los muchos no bancarizados de Zimbabue, desde 2016 EcoCash se ha convertido en el principal medio de pago en el país. Se ha elogiado ampliamente su conveniencia, confiabilidad y rapidez, pero sus costos de uso y su incapacidad para almacenar valor juegan en su contra en evaluaciones comparativas de medios pecuniarios. Donde antes operaba como un puente entre moneda física en dos ubicaciones diferentes, cada vez funciona más como un sistema cerrado del lado plástico del libro de cuentas. Aunque el movimiento de RTGS plástico a EcoCash era una de las pocas transacciones similares a las transferencias que eran comunes en la última era de múltiples monedas, convertir de EcoCash (o RTGS FCA) a efectivo (generalmente bono) se volvía cada vez más difícil a medida que la escasez de billetes se profundizaba. De hecho, historias de “barones del efectivo” arbitrando los umbrales de entrada/salida de efectivo al cobrar primas exorbitantes para convertirlo desde plástico eran cada vez más comunes a finales de 2019 (*BBC*, 19 de noviembre de 2019).

No obstante, en su mayor parte, EcoCash se mantuvo separado de los cambios radicales que afectaron las funciones estándar de pago y unidad de cuenta del dinero. Incluso cuando primero el dólar RTGS y luego el dólar Zim reemplazaron al USD como los antiguos puntos focales de la vida económica cotidiana, EcoCash siguió siendo un medio de intercambio junto con efectivo y otros medios electrónicos convencionales como la tarjeta (*swipe*). A diferencia de los dos últimos, no había necesariamente una manera fácil de determinar si EcoCash derivaba de dólares estadounidenses “reales” o de sus contrapartes locales. Pero su localización en el fondo de la tabla del sistema de precios jerarquizado destaca su posición subordinada en relación con la esfera del efectivo. También parecía

haber una suposición general de que mover dólares reales a Eco-Cash era una conversión a la baja, ya que esto implicaba pasar de un dinero tangible a uno intangible y, por lo tanto, menos controlable y, además, uno que exponía a la posibilidad de no poder retirar.

Conclusión: ¿Dinero estatal en una era post-confianza?

Hasta acá hicimos una descripción general de los componentes del ecosistema monetario zimbabuense cerca del final de la era multi-monetaria. El dólar estadounidense, dividido en componentes de “efectivo” (billetes verdes) y “plástico” (FCAs Nostro), fue hasta principios de 2019 tanto la única unidad de cuenta como la principal reserva de valor. No obstante, múltiples tipos no fungibles de dólares circularon (o no) junto a él. Solo los dólares estadounidenses “duros” podían utilizarse fuera de Zimbabue o para pagar bienes importados. El bono (efectivo) y el RTGS (plástico) servían como sus “sustitutos” locales “blandos”. Aunque oficialmente estaban al mismo nivel que los dólares reales, en la práctica su valor caía en el mercado negro, ya que los comerciantes que los aceptaban debían pagar una prima para usarlos para comprar los bienes importados que vendían. Infamemente, surgió un sistema de precios jerarquizado, especialmente en el sector informal, en el que el medio de pago dictaba un costo más alto o más bajo (de más bajo a más alto: dólares estadounidenses en efectivo, luego billetes de bono, luego monedas de bono, luego EcoCash seguido por *swipe*). En este sistema, todo el efectivo tenía un valor superior a sus contrapartes en plástico, y los dólares emitidos localmente, ya sea en efectivo o en plástico, eran menospreciados a favor de los dólares “reales” emitidos en el extranjero. Dentro de la esfera del efectivo en sí, los billetes y monedas de bono cada vez más dejaron de circular como alternativa paritaria. Oficialmente, todas estas formas diferentes de dinero/divisas se referían a una sola unidad de cuenta, el dólar estadounidense, y se suponía que eran fungibles (D’Avella, 2014; Gómez y

Dini, 2016; Luzzi y Wilkis, 2018; Muir, 2017 y Neiburg, 2010 sobre situaciones similares en la crisis de Argentina). Pero los pronunciamientos oficiales de fungibilidad (o, de hecho, consustancialmente a ellos, en el caso del bono y el USD en efectivo) no significaban que todas las formas de moneda realmente “convivieran” (Mol, 2002) de manera convincente o coherente. Tampoco significaba que fuera igualmente fácil mover el dinero entre diferentes formas de moneda. A lo largo de todos los ejes de diferenciación de moneda, era relativamente fácil convertir hacia abajo, pero cada vez más difícil, si no imposible, convertir hacia arriba.

La frontera entre el efectivo y el plástico operaba con una asimetría particular. En general, el movimiento de efectivo a plástico, ya sea depositando dólares estadounidenses, bonos u otra moneda extranjera como el rand en una cuenta bancaria o cambiándolos, formal o informalmente, a una cuenta de EcoCash, era bastante fácil. Aunque todas estas transacciones eran oficialmente transferencias, en la práctica solo el cambio de bono a RTGS y de RTGS a EcoCash sucedía como tal, y de dólares estadounidenses a cualquiera de estos dos era percibido como una degradación, más allá de la prima que se pudiese conseguir en la conversión. Mientras, cambiar de plástico a efectivo era a menudo casi imposible si uno deseaba hacerlo a través de canales formales y, especialmente, si uno quería obtener dólares. Fuera de la esfera formal, la facilidad de tales conversiones dependía significativamente de la naturaleza de las conexiones de uno.

Después del ocaso de la moneda estatal y el estado de las transferencias que simbolizaba, la dolarización en ruinas de Zimbabue durante la era de multimonetaria llevó, en última instancia, a una situación en la que varios sustitutos no fungibles del dólar, creados para un propósito especial, competían incómodamente entre sí, llamados a desempeñar, situacionalmente, solo algunas de las funciones clásicas del dinero. Los dólares de propósitos especiales se complementaron de manera impredecible en un paisaje monetario disyuntivo y conversivo. En este paisaje, los ejes de valuación

diferencial salientes y transversales fueron la emisión estatal/privada, electrónica/material y local/no local. Además, diferentes tipos de dólares podían combinar diferentes grados de “dureza” y “blandura” relativas en términos de Guyer, en la medida en que podían entrar en diferentes combinaciones de funciones monetarias. Diferentes tipos de dólares cumplían diferentes grupos de funciones dinerarias en coyunturas precisas y, por lo tanto, solo podían convertirse entre sí con dificultad o no convertirse en absoluto.

La disparidad en la estima entre diferentes “tipos” de dólares superó una dialéctica nítida de “dureza”/“blandura” (Guyer, 2012), en gran parte porque estos términos no consiguen captar el significado emocional y simbólico del declive del dinero emitido por el Estado para los sentidos de sí mismo y de la nación de los zimbabuenses. Aquí vale la pena reflexionar con más detalle sobre los aspectos temporales del declive de la confianza en el dinero emitido localmente en el Zimbabue contemporáneo. Especialmente, la erosión en Zimbabue de la capacidad del dinero para almacenar valor a lo largo del tiempo desde el inicio de la actual crisis económica de la nación a finales de la década de 1990 es parte integral de un rápido descenso en la confianza, no simplemente en las formas “blandas” de dinero, sino particularmente en aquellas vinculadas al Estado zimbabuense. Esta caída en la confianza se asemeja al declive en la soberanía y estabilidad económica y monetaria sufrido por el estado zimbabuense desde las décadas de 1980 y 1990, como precio por su acercamiento a la economía global después del fin del gobierno minoritario blanco.

En el contexto de estas decadencias paralelas, la falta de fe de los zimbabuenses comunes en el bono y otras formas de dinero estatal se puede articular en términos de las dimensiones temporales de la confianza aludidas por varios académicos. Simmel, por ejemplo, “describe la confianza como ‘una hipótesis sobre el comportamiento futuro, una hipótesis lo suficientemente cierta como para servir como base para la conducta práctica’” (Simmel, 1950, p. 318-319 en Carey, 2017, p. 3). Tales hipótesis (en formas familiares, al menos)

son posibles solo en contextos caracterizados por estabilidad y previsibilidad que, de hecho, construyen una conexión confiable entre el presente y futuros imaginados particulares. Donde, en los mundos económicos formalizados de los estados de transferencias, “la confianza genera un colapso temporal, llevando el futuro al presente y viceversa”, en el Zimbabwe contemporáneo y otras economías conversivas similares, esa coexistencia de presente y futuro ya no es (o nunca fue) viable. El eclipse de la capacidad del dinero para vincular el presente y el futuro de manera predecible (su “ablandamiento” parece un término inadecuado) ha sido, a su vez, absolutamente central para la crisis continua de Zimbabwe, no solo económicamente, sino en términos amplios de la percepción fundamental de su nación por parte de los zimbabuenses. “Solíamos burlarnos del Kwacha [zambiano] todo el tiempo cuando era joven”, recordó un informante, “eran mucho más inestables que nosotros, ahora simplemente se ríen de nosotros”. De hecho, Jones señala que “a principios de la década de 2000, la gente empezó a referirse al Zimdólar como el ‘Zim-kwacha’, emulando la atribulada moneda zambiana, un gesto revelador de su sentido frustrado de superioridad regional” (2020, p. 5).

Si la moneda se basa en la confianza en su emisión y valor y funciona porque la gente sabe que otros lo aceptarán, el bono surgió no tanto como el “sustituto” o “cuasi-moneda” que se pretendía que fuera en servicio del aumento de la liquidez, sino como una especie de *anti-moneda* ya que incluso sus billetes legítimos eran vistos como basados en una especie de poder falsificado para dotarlo de valor en nombre del Estado zimbabuense. De hecho, una de las cosas más sorprendentes sobre la situación en Zimbabwe al final de la era multimonetaria fue el grado en que muchos zimbabuenses habían perdido la confianza en la moneda precisamente por ser zimbabuense. La moneda como institución en abstracto, y el dinero estadounidense en efectivo como moneda material global, controlable y ajena a las maquinaciones político-económicas locales, sigue inspirando fe y, de hecho, es un tema recurrente en

las críticas de los zimbabuenses comunes al sistema monetario de su país como un sistema “loco” o “parecido a un circo”. El dinero *zimbabuense*, por otro lado, inspiraba más dudas que confianza a medida que su capacidad para retener valor se deterioraba primero suavemente y luego explosivamente desde finales de la década de 2000 en adelante. Por lo tanto, la no fungibilidad de todos los medios pecuniarios zimbabuenses emitidos por el estado con sus contrapartes regionales o globales es profunda tanto a nivel conceptual como emocional.

Bibliografía

BBC (19 de noviembre de 2019). Letters from Africa: Zimbabwe, the land where cash barons thrive. *BBC*. <https://www.bbc.com/news/world-africa-50454812>

Bohannon, Paul (1959). The impact of money on an African subsistence economy. *Journal of Economic History*, 19(4), 491-503.

Britton, Bianca (18 de noviembre de 2016). Zimbabwe is running out of money - can a cashless society save it. *CNN* <https://edition.cnn.com/2016/11/18/africa/zimbabwe-broke-cashless-society/index.html>

Carey, Matthew (2017). *Mistrust*. Chicago: HAU Books.

Chaparadza, Alvine (1 de abril de 2019). Here Are The Maximum Amount Of Cash Withdrawals Allowed By These 8 Banks. *TechZim*. <https://www.techzim.co.zw/2019/04/here-are-the-maximum-amount-of-cash-withdrawals-allowed-by-these-8-banks/>

Curtis, Bruce (1998). From the moral thermometer to money: Metrological reform in pre-confederation Canada. *Social Studies of Science*, 28(4), 547-570.

D'Avella, Nicholas (2014). Ecologies of investment: Crisis histories and brick futures in Argentina. *Cultural Anthropology*, 29(1), 173-199.

Dawson, Suzanne (2011). The first Chimurenga: 1896-1897 uprising in Matabeleland and Mashonaland and the continued conflicts in academia. *Constellations*, 2(2), 144-153.

Dzoma, Garikai (22 de febrero de 2019). The Government Stole Our USD, There Is No Denying It Now. *TechZim* <https://www.techzim.co.zw/2019/02/the-government-stole-our-usd-there-is-no-denying-it-now/>

Dzoma, Garikai (3 de septiembre de 2019) The Bond, RTGS And Zimbabwean Dollar: Zimbabwe's Pricing Explained. *ZimPriceCheck.com* <https://zimpricecheck.com/market-intelligence/the-bond-rtgs-and-zimbabwean-dollar-zimbabwes-pricing-explained/>

Feingold, Ellen, Johan Fourie y Leigh Gardner (2021). A tale of paper and gold: The material history of money in South Africa. *Economic History of Developing Regions*, 36(2), 264-281.

Ferguson, James (1992). The cultural topography of Wealth: Commodity paths and the structure of property in rural Lesotho. *American Anthropologist*, 94(1), 55-73.

Gómez, Georgina M. y Dini, Paolo (2016). Making sense of a crank case: monetary diversity in Argentina (1999-2003). *Cambridge Journal of Economics*, 40(5), 1421-1437.

Gukurume, Simbarashe (2015). Livelihood resilience in a hyper-inflationary environment: experiences of people engaging in money-burning (*kubhena mari*) transactions in Harare, Zimbabwe. *Social Dynamics*, 41(2), 219-234.

Guyer, Jane I. (2004). *Marginal gain*. Chicago: University of Chicago Press. Guyer, Jane I. (2012). Soft currencies, cash economies, new monies: Past and present. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 109(7), 2214-2221.

Helleiner, Eric (1998). National currencies and national identities. *American Behavioral Scientist*, 41(10), 1409-1436.

Helleiner, Eric (2002). The monetary dimensions of colonialism: Why did imperial powers create currency blocks? *Geopolitics*, 7(1), 5-30.

Helleiner, Eric (2003) *The making of national money*. Ithaca: Cornell University Press.

Jones, Jeremy L. (2019). Headless queues: disorder and disorientation in a Zimbabwean market, 2007-2008. *HAU*, 9(3), 545-564.

Jones, Jeremy L. (2020) Patriotic Dollars: ZANU PF and the Conjuring of a Truly Zimbabwean Currency. En M. Tendi, J. Alexander, y J. McGregor (eds.), *The Oxford Handbook of Zimbabwean Studies*. Oxford University Press.

Karombo, Tawanda (2018). Zimbabwe: 96% of total transactions in 2017 were electronic, mobile. *ITWeb* <http://www.itwebafrica.com/e-commerce/703-zimbabwe/242752-zimbabwe-96-of-total-transactions-in-2017-were-electronic-mobile>.

Kim Tai-Yoo y Kim Seunghyun (2013). The catch-up illusion: Why developing nations that experience rapid economic growth can never catch-up with advanced countries. En Kim T.-Y. y Heshmati, A., (eds.), *Economic Growth* (pp. 234-261). Berlin: Springer.

Leyshon, Andrew y Nigel Thrift (2005). *Money/space*. Londres: Routledge.

Luhmann, Niklas (1979). *Trust and power*. Hoboken: John Wiley & Sons.

Luzzi, Mariana y Wilkis, Ariel (2018). Soybean, bricks, dollars, and the reality of money: Multiple monies during currency exchange restrictions in Argentina (2011-2015). *HAU*, 8(1-2), 252-264.

Magaisa, Alex [@Wamagaisa] (13 de mayo de 2018). 3. When I was recently in Zimbabwe and tried to use USD to buy groceries I was quickly given a lecture [Twitt]. *Twitter (X)*. <https://x.com/wamagaisa/status/995528890239062016>

Maurer, Bill (2018). Money Orders –and It’s Done! Activating Theories of Money’s Origins and Orders. En R. Naismith (ed.), *Money and coinage in the Middle Ages* (pp. 41-62). Leiden/Boston: Brill.

Mazarire, Gerald Chikozho (2009). Reflections on pre-colonial Zimbabwe, c. 850-1880s. En B. Raftopoulos y A. S. Mlambo (eds.), *Becoming Zimbabwe* (pp. 1-38). Harare: Weaver Press

Mihm, Stephen (2009). *A nation of counterfeiters*. Boston: Harvard University Press.

Mitchell, Timothy (2014). Economentality: How the future entered government. *Critical inquiry*, 40(4), 479-507.

Mol, Annemarie (2002). *The body multiple*. Southport: Duke University Press.

Muir, Sarah (2017). Recursive in/formality: Time and ideology in a distributed monetary system. *Anuac*, 6(2), 77-83.

Muzondidya, James (2009). From Buoyancy to Crisis, 1980-1997. En Brian Raftopoulos y Alois S. Mlambo (eds.) *Becoming Zimbabwe* (pp. 167-200). Harare: Weaver Press.

Mwangi, Wambui (2001). Of coins and conquest: The East African currency board, the rupee crisis, and the problem of colonialism in the East African protectorate. *CSSH*, 43(4), pp. 763-787.

Neiburg, Federico (2010). Sick currencies and public numbers. *Anthropological Theory*, 10(1-2), 96-102.

NewZWire (1 de octubre de 2018). RBZ's new FCA "ring-fence", explained. <https://newswire.live/rbzs-new-fca-ring-fence-explained/>

NewZWire (2 de octubre de 2018). The Great Bank Robbery: How the Zimbabwe Govt stole from its people. <https://newswire.live/the-great-bank-robbery-how-zim-govt-stole-from-its-people/>

Nyamunda, Tinashe (2015). *Financing rebellion: the Rhodesian state, financial policy and exchange control, 1962-1979*. Tesis Doctoral. University of the Free State, South Africa.

Nyamunda, Tinashe (2017a). British sterling imperialism, settler colonialism and the political economy of money and finance in Southern Rhodesia, 1945-1962. *African Economic History*, 45(1), 77-109.

Nyamunda, Tinashe (2017b). Money, banking and Rhodesia's Unilateral Declaration of Independence. *The Journal of Imperial and Commonwealth History*, 45(5), 746-776.

Nyamunda, Tinashe (19 de mayo de 2020). Money in Zimbabwe History: A Concise Currency Timeline. *The Zimbabwe News Live*. <http://www.thezimbabwenewslive.com/money-in-zimbabwe-history-a-concise-currency-timeline/>

Nyamunda, Tinashe (16 de junio de 2020). Money and Economy in Zimbabwean History: a Concise Currency Timeline. *The Anchor*. <https://www.theanchor.co.zw/money-and-economy-in-zimbabwean-history-a-concise-currency-timeline-3/>

Nyamunda, Tinashe (19 de agosto de 2020). Money and Economy in Zimbabwean History: a Concise Currency Timeline. *The Anchor*. <https://www.theanchor.co.zw/money-and-economy-in-zimbabwean-history-a-concise-currency-timeline-10/>

Nyamunda, Tinashe (2021). “Open for business” but bankrupt: Currencies, the “New Dispensation” and the Zimbabwean economy. *Journal of Asian and African Studies*, 56(2), 204-217.

Nyamunda, Tinashe y Sibanda, Geraldine (2020). The making of Zimbabwe’s currency and economic crisis: International financial architecture, nationalism, and economic policies 1980-2000. En Miles Tendi, JoAnn McGregor, y Jocelyn Alexander (eds.), *The Oxford Handbook of Zimbabwean Politics*. DOI: 10.1093/oxfordhb/9780198805472.013.15

Ofonagoro, Walter I. (1979). From traditional to British currency in southern Nigeria: Analysis of a currency revolution, 1880-1948. *Journal of Economic History*, 39(3), 623-654.

Pallaver, Karin (2015). “The African native has no pocket”: Monetary practices and currency transitions in early colonial Uganda. *International Journal of African Historical Studies*, 48(3), 471-499.

Pallaver, Karin (2019). A currency muddle: Resistance, materialities and the local use of money during the East African rupee crisis. *Journal of Eastern African Studies*, 13(3), 546-564.

Raftopoulos, Brian (2009). The Crisis in Zimbabwe, 1998-2008. En Brian Raftopoulos y Alois S. Mlambo, (eds.), *Becoming Zimbabwe* (pp. 201-232). Harare: Weaver Press.

Rea, Stephen C. y Taylor Nelms (2017). Mobile money: the first decade. *Institute for Money, Technology and Financial Inclusion. Working Paper, 1*. Irvine: University of California.

Reserve Bank of Zimbabwe (15 de mayo de 2016). *Public Notice on the Export Bonus Scheme which is Supported by Bond Notes. Strategy to stimulate export production in order to maintain and sustain the multi-currency system in Zimbabwe*. Harare: Reserve Bank of Zimbabwe.

Sengere, Leonard (10 de noviembre de 2017). EcoCash has processed over \$23 billion since launch and that's not the only impressive figure. *TechZim*. <https://www.techzim.co.zw/2017/11/EcoCash-processed-21-billion-since-launch/>

Simmel, Georg (1950). *The sociology of Georg Simmel*. Glencoe: Free Press.

Southall, Roger J. (2017). Bond notes, borrowing, and heading for bust: Zimbabwe's persistent crisis. *Canadian Journal of African Studies*, 51(3), 389-405.

Tschoegl, Adrián E. (2010). The international diffusion of an innovation: The spread of decimal currency. *The Journal of Socio-Economics*, 39(1), 100-109.

Wright, Marcia (1979). The Reluctant Integration of Zimbabwe, 1852-1908. *Review (Fernand Braudel Center)*, 3(2), 211-228.

Zelizer, Viviana (2017). *The Social Meaning of Money*. Princeton: Princeton University Press.

